

***El prólogo del IV Evangelio (1,1-18),
Una perspectiva Cristo-Eclesiológica***

***The Prologue of The IV Gospel (1,1-18),
A Christ-Eclesiological Perspective***

Resumen

El artículo parte de una confesión de fe: “en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios” (Jn 1,1). Dios se reveló antes, se reveló en Jesús y se revela hoy, pues su deseo es habitar entre nosotros y permear nuestra realidad limitada, hasta volverla infinita. Si bien esta idea es clara para biblistas y teólogos, para muchos cristianos aún es una verdad difusa, al punto de creer que la salvación comenzó con la Encarnación y se cerró con la Ascensión. El artículo se propone mostrar que la salvación ha permeado la historia, no sólo en sentido espiritual y confesional, sino cósmico y ecuménico. El prólogo presenta al Verbo encarnado que trae el amor liberador del Padre. Y eso es algo que el mundo necesita hoy: una humanidad que se sienta tan divinizada, como Dios se siente tan humanizado. Si Jesús no es el niño de Belén, el hombre de Galilea, el crucificado, no es nuestro Salvador; si se queda sólo como un maestro de elevadas ideas de ética, entonces no alcanzamos a vivirlo como el Redentor.

Palabras clave: Verbo encarnado; Salvación; IV Evangelio, Redención; Prólogo

Abstract

The article begins with a confession of faith: “In the beginning was the Word, and the Word was with God” (Jn 1:1). God revealed himself before, he revealed himself in Jesus and he reveals himself today, because his desire is to dwell among us and permeate our limited reality until it becomes infinite. While this idea is clear to biblical scholars and theologians, for many Christians it is still a diffuse truth, to the point of believing that salvation began with the Incarnation and ended with the Ascension. The article aims to show that salvation has permeated history, not only in a spiritual and confessional sense, but cosmically and ecumenically. The prologue presents the incarnate Word who brings the liberating love of the Father. And that is something the world needs today: a humanity that feels as divinized as God feels so humanized. If Jesus is not the child of Bethlehem, the man of Galilee, the crucified one, he is not

¹ José Guerra Carrasco es doctor en Teología por la UPB (Colombia) y Magíster en Teología Latinoamericana por la UCA (El Salvador). Docente de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y asesor del Centro Bíblico Verbo Divino (Quito). Correo electrónico: jaguerra@puce.edu.ec. Doi: <https://doi.org/https://dx.doi.org/10.17163/soph.n24.2018.03>

our Savior; if he remains only a teacher of lofty ethical ideas, then we fail to live him as the redeemer.

Keywords: Incarnate Word; Salvation; IV Gospel, Redemption; Prologue.

1. Introducción

“En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba ante Dios en el principio. Por Él se hizo todo, y nada llegó a ser sin Él. Lo que fue hecho tenía vida en Él, y para los hombres la vida era luz” (Jn 1,1-4)². La apertura magistral del IV Evangelio³ nos muestra la infinitud del Verbo Divino, autoexpresión de Dios que engloba la confesión de que por medio de Él se crearon todas las cosas, porque su acción comenzó desde los inicios, y no ha parado de crear en beneficio del cosmos, del mundo y de la humanidad. En ese sentido es plausible pensar que aquel trabajo que detalla Génesis 1-2 tenía ya al Verbo Divino como el dínamo inicial.

Ahora bien, este argumento es muy claro para los teólogos y creyentes con una formación sostenida. Pero, para muchos cristianos aún es una verdad de fe que la historia de la salvación comenzó cuando Dios decidió encarnarse en la persona de Jesús, movido por su deseo de acabar con la maldad que se había vuelto irremediable. Es decir, la misión del Hijo de Dios al encarnarse era “salvar almas y llevarlas al cielo”.

La idea algo ingenua de la encarnación para salvaciones espirituales, tan enraizada en nuestras comunidades creyentes, debe ser confrontada con el reconocimiento de que el Verbo Divino trabaja hombro a hombro con el Padre desde el comienzo, “para dar vida, y vida en abundancia” (Jn 10,10). Entonces, inevitablemente, debemos rechazar cualquier teología que niegue o denigre la creación y el trabajo en beneficio de la dignidad humana.

Es necesario corregir este malentendido, pues en el IV Evangelio no se crea una dicotomía entre lo espiritual y lo material, lo sagrado y lo profano, ni se centra la propuesta salvífica de Jesús en la mera liberación de las ataduras corporales. Por desgracia, este pensamiento aún es común entre los cristianos, y no falta quien sustenta sus ideas dualistas con textos joánicos.

Si bien el IV Evangelio presenta algunos contrastes, por ejemplo, luz y oscuridad (1,5; 3,19; 8,12; 11,9-10; 12,35-36), fe e incredulidad (3,12-18; 4,46-54; 5,46-47; 10,25-30; 12,37-43; 14,10-11; 20,24-31) o espíritu y carne (3,6-7), tales contrastes sólo buscan resaltar la tensión entre el bien y el mal, sin ser

² Hemos cambiado la expresión “Palabra”, por “Verbo”, por una convicción personal de que el Hijo de Dios conjuga la realidad temporal, lejos de sustituirla, que es el sentido que implica la expresión “Palabra”. Las citas bíblicas son tomadas de la Biblia Latinoamericana, a menos que se diga lo contrario. versión digital: <https://www.bibliacatolica.com.br/>

³ Preferimos utilizar la expresión “IV Evangelio” en lugar del tradicional “Evangelio de Juan” para evitar ahondar en el error común de creer que su autor fue Juan, el hijo de Zebedeo, personaje no nombrado en el IV evangelio, excepto en el c. 21 donde se menciona a los hijos del Zebedeo. Sólo para algunas citas bíblicas utilizaremos la nomenclatura “Jn”.

una invitación a abandonar el mundo “secular”, para entrar en un mundo “espiritual”. Lo tangible es que “Dios no envió al Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve gracias a él” (3,17), que “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (1,14). Es decir, la encarnación no es el triunfo del espíritu sobre la carne, sino el cumplimiento de la misión para la cual todo se hizo desde el inicio. La carne no es lugar para una acción temporal, sino morada permanente del Verbo. Después de su resurrección, Jesús deja que Tomás toque sus heridas (20,24-31), come con sus discípulos (21,1-14) y les pide esperar “hasta que yo venga” (21,22-23). Dios quiere que su Reino sea permanente en el mundo.

Marcos, Mateo y Lucas presentan a Jesús como un profeta apocalíptico, mientras el IV Evangelio lo presenta como un hombre celestial, cuya enseñanza tiene un fuerte acento griego. Al principio esta obra circuló sin nombre, al igual que los otros evangelios. Esto, pese a que el IV Evangelio habla de un personaje mencionado en tercera persona: “El Discípulo Amado”. En el siglo II d.C., los Padres de la Iglesia sosténían que “Juan, el anciano”, miembro de la comunidad de Éfeso, era el Discípulo Amado. Ese anciano sería hermano de Santiago, hijos de Zebedeo.

Pese a lo que sostiene la tradición, la enseñanza de Jesús en el IV Evangelio parece más espiritual que en los evangelios sinópticos, algo que no cuadra con la idea de un testigo de la vida pública de Jesús, sino más bien con alguien interesado en llevar la experiencia cristiana a otro nivel de la experiencia religiosa, algo difícil de alcanzar para los discípulos presenciales de Jesús, pero plausible para una comunidad de finales del siglo I d.C.

2. Estudio del Prólogo (1,1-18)

El Prólogo del IV Evangelio correlaciona la teología con la poesía en cada una de sus palabras y frases. “En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios”. Esta frase ha inspirado muchos libros, canciones, pinturas y esculturas que buscan escudriñar el misterio del Verbo Encarnado. Sin duda, el Prólogo presenta temas que deben ser conocidos de mejor forma. Por ejemplo, la preexistencia del Verbo (1,1-2); el Padre y el Hijo ejerciendo tareas distintas, pero formando un solo Dios (1,1); Jesús es Dios (1,1.18); Jesús es Vida y Luz (1,4.9); la lucha entre la luz y las tinieblas (1,5); la Buena Nueva anunciada por Juan Bautista (1,6-8.15), que es rechazada por el mundo y por su casa (1,11), pero quien la acoja verá la gloria del Unigénito de Dios (1,14.18)⁴.

⁴ El Prólogo tiene un paralelo en los himnos de Filipenses 2,5-11, Colosenses 1,15-20 y Hebreos 1, perícas anteriores al IV Evangelio, por lo que puede presumirse que pudieron ser, en cierto sentido, la base para la composición joánica.

Solo Jesús, el Verbo encarnado, revela a Dios con toda claridad, porque Él ha compartido la intimidad del Padre, sin secretos ni desacuerdos. En el Antiguo Testamento, Moisés oyó la voz de Dios en el Monte Sinaí, pero no pudo verlo, y se conformó con transmitir unas palabras que no eran propias de él. Por su parte, el Verbo está desde el principio, participando plenamente en cada paso de la creación (1,3) y cuando habla lo hace con la autoridad de ser Dios.

2.1 División quiásmica del Prólogo

El quiasmo es una estructura literaria donde una idea se repite dos veces, sea por afinidad (luz-luz) o por oposición (luz-tiniebla). Por ejemplo, “Los *primeros* serán los *últimos* y los *últimos* los *primeros*”. La cultura judía usaba mucho la repetición como un recurso literario y como un método didáctico para transmitir una noticia.

Quiasmo es un término griego que hace referencia a la figura literaria donde se intercambia el orden de los elementos de dos secuencias. El quiasmo se realiza a partir de la repetición de frases iguales, pero de manera cruzada y conservando la simetría, lo que causa sorpresa y lleva a reflexionar sobre lo dicho. Quiásmos hay en la obra de muchos autores que juegan con diferentes aspectos del lenguaje, para producir diferentes efectos en el lector: humor o tragedia. La estructuración del quiasmo puede de entenderse a manera de enumeración, donde los elementos se repiten en orden invertido: **1-2-3 – 3’-2’-1’**. Por ejemplo: 1: Me desperté; 2. Tomé un libro; 3. Empecé a leer; 3’. Terminé de leer; 2’. Dejé el libro; 1’. Me dormí.

Versículos		Texto	Idea fuerza
vv. 1-5	A	En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba ante Dios en el principio. Por Ella se hizo todo, y nada llegó a ser sin Ella. Lo que fue hecho tenía vida en ella, y para los hombres la vida era luz. La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron.	Jesús, el Hijo, desde siempre está con el Padre y lo conoce plenamente.
vv. 6-8	B	Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. Vino para dar testimonio, como testigo de la luz, para que todos creyeran por él. Aunque no fuera él la luz, le tocaba dar testimonio de la luz.	Juan Bautista es testigo de la Luz verdadera

vv. 9-11	C	Ella era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo. Ya estaba en el mundo, este mundo que se hizo por Ella, este mundo que no lo recibió. Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron;	La Palabra se encarna en el mundo, pero no es recibido; tampoco en su casa (Israel).
vv. 12a	D	pero a todos los que lo recibieron les dio capacidad para ser hijos de Dios.	La comunidad joánica
vv. 12b-13	E	Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios.	El discipulado no tiene que ver con herencias o leyes
vv. 14	C'	Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único, en él todo era don amoroso y verdad.	La Palabra se encarna
vv. 15	B'	Juan dio testimonio de él; dijo muy fuerte: De él yo hablaba al decir: el que ha venido detrás de mí, ya está delante de mí, porque era antes que yo.	Juan Bautista es testigo de la Luz verdadera
vv. 16-17	E'	De su plenitud hemos recibido todos, y cada don amoroso preparaba otro. Por medio de Moisés hemos recibido la Ley, pero la verdad y el don amoroso nos llegó por medio de Jesucristo.	El discipulado no tiene que ver con herencias o leyes
vv. 18	A'	Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios-Hijo único nos lo dio a conocer; él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer.	Jesús, el Hijo, desde siempre está con el Padre y lo conoce plenamente.

2.2 Análisis hermenéutico

En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba ante Dios, y la Palabra era Dios... Por Ella se hizo todo, y nada llegó a ser sin Ella (Jn 1,1.3). Con esta declaración de fe el IV Evangelio inicia su respuesta a la pregunta: “¿Quién es Jesús?”. El autor se basa en una tradición independiente, que trata sobre las acciones y enseñanzas de Jesús, que ser normativa para la comunidad joánica, formada por creyentes que proclamaban la divinidad de su Maestro. En lugar de

acerca de Jesús desde una arista humana, el Prólogo lo hace desde la perspectiva del Hijo de Dios, que coexiste con Dios Padre.

El IV Evangelio no comienza con una historia, sino con un himno dedicado al Verbo Divino que existe desde siempre, unido al Padre. Así, se inaugura la “cristología de la Palabra”, que crea el cosmos y al mundo, que trae vida para toda la humanidad. El Prólogo proclama que Juan Bautista vino a dar testimonio de esa luz que vendría pronto.

Bloque A (vv. 1-5)

- *En el principio* (*Ev ἀρχῇ*)⁵ hace referencia al inicio de las Escrituras (Gen 1,1), lo que nos hace pensar si acaso la intención del IV Evangelio era hablar de una “nueva creación” en sintonía con el primer acto creador, con el fin de remarcar que desde el principio el Verbo estaba presente, coacreando con el Padre. Tanto en el relato del libro del Génesis como en el Prólogo del IV Evangelio se habla de los orígenes de la creación, y en ambos eventos está latente el Hijo actuando al unísono con el Padre⁶.

Por otro lado, el Prólogo menciona la luz y las tinieblas. La luz llega a ser por la acción del Verbo que derrota las tinieblas. También se habla de una Vida que reciben los seres humanos, distinta a la vida que se había recibido en el libro del Génesis. Ésta mortal, aquella eterna. En ese sentido, el Prólogo da un paso adelante: el Verbo no es sólo parte de la creación, sino protagonista de ésta. Es decir, el Verbo no fue creado, sino que estaba desde el principio con Dios. Esto contradecía, sin duda, la idea judía, según la cual Dios había obrado solo en la creación.

- *Era el Verbo/Palabra* (*ἦν ὁ λόγος*). Esta es una brillante elección, puesto que este término cierra la brecha entre el mundo judío y el mundo griego. Si bien los primeros cristianos eran de origen judío, pronto la Buena Noticia se esparció en el mundo grecorromano, ignorante de la promesa mesiánica judía. Por eso el Prólogo presenta al Hijo como el *Logos* (Verbo/Palabra), palabra propia del griego que se usaba por su comprensibilidad para explicar el control divino sobre la volatilidad del mundo. Es como si el IV Evangelio quisiera afirmar categóricamente: *ustedes creen en el Logos; pues bien, ¡ese Logos es Jesús! Él muestra el rostro humano de Dios y pone orden al mundo!*⁷.

⁵ Todas las traducciones del griego son tomadas de Biblia Interlineal de Nuevo testamento. En línea: <https://www.logosklogos.com/interlinear/NT/Jn/1/7> Acceso: 5-12-2023.

⁶ Para reafirmar esta idea se suele interpretar la expresión “Hagamos al ser humano a nuestra imagen” (Gen 1,26). El uso de la primera persona del plural implicaría la participación del Padre y del Hijo (y del Espíritu Santo) en la creación del mundo y del ser humano. El Prólogo estaría, así, confesando la activa participación del Verbo en la creación, porque “Él es imagen del Dios invisible, y todo lo demás fue creado en los cielos y en la tierra” (Col 1,15-16).

⁷ El concepto “logos” tiene raíces veterotestamentarias. Por ejemplo: en el relato de la creación, Dios habla y las cosas surgen; en el monte Sinai Dios habla a través de la Ley y los profetas; Dios habla como Creador, como Salvador y como Redentor. En todos los casos mencionados el Logos está latente (cf. Gen 1,3; Sal 33,6; 107,20; Is 9,8; 38,4; Jer 1,4; Ez 33,7 y Am 3,1.8).

- *Y la Palabra estaba ante el Dios, y la Verbo era Dios* (καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν θεόν, καὶ θεὸς ἦν ὁ λόγος). Es curioso, pero el v. 1a utiliza la expresión τὸν θεόν (El Dios - con artículo), mientras que las secciones ‘c’ y ‘d’ usa la expresión θεόν (Dios - sin artículo). Es común que el griego, cuando utiliza un sustantivo, casi siempre lo hace acompañar de un artículo definido. Cuando no se usa el artículo, significa que ese sustantivo se convierte en un adjetivo para describir el carácter, la calidad del sujeto en mención. En ese sentido, cuando el Prólogo usa θεὸς ἦν ὁ λόγος quiere confesar que el Verbo y Dios son idénticos, comparten el mismo carácter y la misma esencia.

Pero ¿por qué al inicio utiliza primero la expresión τὸν θεόν (el Dios)? Parece ser que su intención era hacer una distinción entre Dios y el Verbo, en cuanto su tarea, no en cuanto su esencia. Es decir, distinción, pero sin renunciar a su unión. Para algunos puede resultar confusa la idea, pues es, aparentemente, incompatible para definir la unión y la individualidad. Quizá nos ayude en algo utilizar la imagen de una relación matrimonial: varón y mujer son personas que conservan su individualidad siempre, pero se vuelven “una sola carne” (Gen 2,24; Mc 10,8).

Lo tangible es que la expresión “el Verbo era Dios” debió ser motivo de escándalo para los judíos, debido a que, para ellos, el Mesías debía ser un descendiente del rey David, aquel que había sido ungido por Dios, pero no por ello dejaba de ser un ser humano. En ese sentido, sostener que Jesús era el Verbo, y que ese Verbo era Dios, implicaba divinizar a un ser humano. Esta era una blasfemia que lesionaba el acentuado monoteísmo judío.

Igualmente, esta frase debió confundir a la corriente gnóstica⁸, corriente dualista que sostenía que la materia era mala y, por ello no podía haber sido creada por Dios. Para los gnósticos, el Dios del Antiguo Testamento era diferente del Padre de Jesús. Ése era malo y éste era bueno. El IV Evangelio se opone tajantemente a este pensamiento, y desde el inicio enfatiza que el Verbo ha estado desde el inicio con Dios y “por Él se hizo todo, y nada llegó a ser sin Él” (v. 3). Este versículo no pretende decir que todas las cosas fueron creadas propiamente por el Verbo, sino que fueron hechas a través de Él. “Porque por Él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra... todo fue creado por Él y para Él (Col 1,16); “por el cual Dios, asimismo, hizo el universo” (Heb 1,2). El Padre es el poder creativo y el Hijo el instrumento que transmite ese poder.

⁸ El gnosticismo dio pie a dos conceptos: la ortodoxia y la herejía. Hereje era quien no estaba de acuerdo con las ideas de otro. Los gnósticos fueron declarados herejes por: 1. Promover un Dios distinto al Dios judeocristiano; el suyo había creado el mundo, pero con materia maligna. 2. Declarar inválido el Decálogo, sosteniendo que la verdadera enseñanza venía sólo de Jesús, que enseñaba cosas secretas a sus discípulos. 3. Decir que el cuerpo era malo, y que Jesús no se encarnó en un cuerpo real, sino aparente, sólo para comunicarse con el hombre; por lo tanto, su crucifixión no tenía mayor valor salvífico. 4. Sostener que la salvación era asunto individual, no comunitario, y no tenía nada que ver con la cruz, la jerarquía o la norma, sino con el esfuerzo propio para vivir el Reino de Dios personalmente. 5. Practicar el celibato, poniendo el alma por encima del cuerpo. En línea: <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-19579/gnosticismo/> Acceso: 12-05- 2023.

- *Lo que fue hecho tenía vida en ella, y para los hombres la vida era luz* (ἐν αὐτῷ ζωὴ ἐστιν, καὶ ἡ ζωὴ ἦν τὸ φῶς τῶν ἀνθρώπων). Los vv. 4 y 5 presentan el tema de la luz que brilla sobre las tinieblas. Este tema es central en el relato de la creación: “Dijo Dios: haya luz, y hubo luz. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Dios llamó a la luz día, y a las tinieblas noche. Atardeció y amaneció: fue el día primero” (Gen 1,3-5). Así lo reconoce el IV Evangelio, que une luz y vida como si binas. Tanto, que más de la cuarta parte de referencias a la vida que hay en el Nuevo Testamento están en el IV Evangelio, por lo general referida a la vida eterna (Cf. Jn 3,15-16.36; 4,14.36; 5,21-40; 6,47.51-68; 8,12; 10,1-28; 11,25; 12,25.50; 14,6; 17,2; 20,31). La vida que Dios ofrece es más que una mera existencia física. Es Vida plena que surge de la unión de la creatura con Dios, por medio del Hijo.

- *La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la recibieron* (καὶ τὸ φῶς ἐν τῇ σκοτίᾳ φαίνει, καὶ ἡ σκοτία αὐτὸ οὐ κατέλαβεν). La primera obra de Dios fue crear la luz (Gén 1). La luz es el primer paso para que pueda ponerse orden en medio del caos. Ahora, el IV Evangelio dice que la luz verdadera viene con el Verbo y con ella se acabará definitivamente el caos que produce el pecado. Frente a esta luz, las tinieblas se resisten; entonces empieza una batalla, que no será librada por los seres humanos, sino por Dios, que es el único que puede asegurar que el bien triunfará definitivamente. Si una lucecita puede dispersar la más tétrica oscuridad, mucho más se logrará con la luz divina, y será una victoria definitiva (Jn 12,35).

Bloque B (vv. 6-8)

- *Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan* (Ἐγένετο ἄνθρωπος, ἀπεσταλμένος παρὰ θεοῦ, ὄνομα αὐτῷ Ἰωάννης). En estos versos aparece un personaje nuevo: Juan. Los evangelios sinópticos le ponen un adjetivo, “Bautista”, para diferenciarlo de Juan, el hijo de Zebedeo. El IV Evangelio sólo lo llama Juan, quizá porque en ningún momento menciona al apóstol Juan. Con este Juan del prólogo se retoma la tradición profética, después de cuatrocientos años sin profetismo. Al ser su ministerio muy importante, a finales del siglo I d.C. muchos seguidores de una secta bautista pensaban que él era el verdadero Mesías esperado. El IV Evangelio interviene para aclarar los roles: varias veces nombra a Juan para decir que éste estaba subordinado a Jesús. Juan no era la luz, sino un enviado para dar testimonio de la luz.

- *Vino para dar testimonio, como testigo de la luz* (οὗτος ἥλθεν εἰς μαρτυρίαν, ἵνα μαρτυρήσῃ περὶ τοῦ φωτός). La palabra *martureo* puede significar al mismo tiempo “testificar” o “mártir”. Dar testimonio de Jesucristo y de su Evangelio suele provocar, a menudo, violencia de parte de las fuerzas de las tinieblas, haciendo que los testigos se convierten en mártires. Esto pasó en los albores del cristianismo y sigue ocurriendo hoy. Juan no fue la excepción. Termina muriendo como mártir, sin negarse a dejar de lado sus convicciones

religiosas, y sosteniendo su acusación contra Herodes Antípata haberse casado con Herodías, mujer de su hermano Filipo (cf. Mc 6,14-29).

- *Para que todos creyesen por él* (ἴνα πάντες πιστεύσωσιν δι' αὐτοῦ). El propósito de Juan, según describe el Prólogo, es el mismo de todo el IV Evangelio, y que es declarado solemnemente al final del libro: “Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritas en este libro. Estas han sido escritas *para que crean que Jesús es el Cristo*, el Hijo de Dios. *Crean, y tendrán vida por su Nombre*” (Jn 20,30-31).

- “*Aunque no fuera él la luz, le tocaba dar testimonio de la luz* (οὐκ ἦν ἐκεῖνος τὸ φῶς, ἵνα μαρτυρήσῃ περὶ ὁ τοῦ φωτός). El IV Evangelio remarca una y otra vez que Juan tiene un puesto secundario con relación a Jesús: “No era la luz, sino el que da testimonio de la luz” (v. 8); “no soy el Cristo” (v. 20); no es Elías, ni el profeta (v. 21); es apenas una voz que clama en el desierto: ‘enderecen el camino del Señor’ (v. 23); no es “digno de desatar la correa de la sandalia” (v. 27). La razón por tal énfasis en la subordinación de Juan es simple: Juan y Jesús tienen discípulos, y ambos grupos declaran a sus maestros el verdadero Mesías⁹. Esto creaba confusión y rivalidad (cf. Mt 9,14; Mc 2,18; Lc 5,33; 7,18-23; Jn 3,25-30). Entonces, el IV Evangelio hace su esfuerzo para reconocer el estatus de Juan como un enviado de Dios, pero deja claro que él es subordinado a Jesús, que es el Verbo encarnado.

Bloque C (vv. 9-11)

- *Ella era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, y llegaba al mundo* (Ἔν τὸ φῶς τὸ ἀληθινόν ὡφωτίζει πάντα ἄνθρωπον, ἐρχόμενον εἰς τὸν κόσμον). Esta es una fuerte declaración, ya que *kosmos*, en el IV Evangelio, hace referencia al mundo en franca rebelión contra Dios. Es un mundo atrapado en las tinieblas. El declarar que la luz entra al mundo significa confesar que ¡Dios ama a un mundo corrompido! (Jn 3,16), que decide “poner su tienda” en medio del caos y la maldad. Esta declaración se confirmará en los siguientes versículos.

- *Ya estaba en el mundo, este mundo que se hizo por Ella, este mundo que no lo recibió. Vino a su propia casa, y los suyos no lo recibieron* (ἐν τῷ κόσμῳ ἦν, καὶ ὁ κόσμος δι' αὐτοῦ ἐγένετο, καὶ ὁ κόσμος αὐτὸν οὐκ ἔγνω. εἰς τὰ ἴδια ἤλθεν, καὶ οἱ ἴδιοι αὐτὸν οὐ παρέλαβον). ¿Por qué la luz quiso entrar en el mundo? El Prólogo oinsinúa, con cierta claridad, que la razón era para ser visible y ser comprendida con claridad por la humanidad. El ser humano tiene cierta noción de la divinidad, porque es una creatura creada por Dios y, por eso mismo, insuflado del Espíritu Santo. Pero eso no era suficiente para reconocerlo

⁹ Décadas después, Pablo se encuentra con discípulos de Juan en la ciudad de Éfeso; esos discípulos permanecían bastante ignorantes respecto a la persona de Jesucristo, sintiendo Pablo que debe atenderlo y evangelizarlos (Hch 19,1-7). Un caso interesante es Flavio Josefo que en sus obras dice mucho más de Juan que de Jesús.

y hacer un gesto libre y consciente de entrega a Él. Tal es la razón por la que el mundo no le reconoce.

Peor aún, su “propia casa” no le reconoce. Esta expresión hace referencia a Israel, el pueblo de la Alianza, escogido como heredad de Yahvé (cf. Deut 7,6; Ex 19,4-6; Sal 135,4; Is 41,8-9; 43,10; 44,1-2; 45,4; Am 3,2; Rom 11,1-18). El Verbo no quiso ir lugares donde corría el riesgo de no ser reconocida por falta de datos de la revelación o historia. Decidió encarnarse en medio de un pueblo que tenía todos los elementos para poder reconocerlo y ubicarlo en el momento central de la historia de la salvación. Israel era el pueblo de Dios, gente con experiencia de Dios, con capacidad para reconocerle. Pero “los tuyos no le recibieron” y prefirieron quedarse en las tinieblas de sus obras malas (cf. Jn 3,19-20).

Bloque D (v. 12a)

- *Pero a todos los que lo recibieron les dio capacidad para ser hijos de Dios* (ὅσοι δὲ ἔλαβον αὐτὸν, ἔδωκεν αὐτοῖς ἐξουσίαν τέκνα θεοῦ). Para el IV Evangelio, Jesús es el Hijo de Dios, una cualidad distinta a la filiación que tenemos el resto de los hijos humanos. El IV Evangelio utiliza un término específico y exclusivo para hablar del Hijo: *huios*. El Verbo es Jesús, el Hijo a quien se le concede el poder para atraer y acoger a todos aquellos que, libremente, lo reciben y creen en su nombre. Ellos son la verdadera “familia de Dios”, ciertamente todos adoptados, pero con plenos derechos a la herencia salvífica, con acceso a todos los derechos y privilegios de los miembros de la familia. ¿Quiénes son éstos? ¡La comunidad destinaria del IV Evangelio! Esto es algo que a lo largo de la obra se irá clarificando, en una serie de tensiones con grupos antagónicos, incluida la comunidad cristiana seguidora de Pedro.

Bloque E (vv. 12b-13)

- *Al creer en su Nombre han nacido, no de sangre alguna ni por ley de la carne, ni por voluntad de hombre, sino que han nacido de Dios* (γενέσθαι, τοῖς πιστεύουσιν εἰς τὸ ὄνομα αὐτοῦ. οἱ οὐκ ἐξ αἰμάτων οὐδὲ ἐκ θελήματος σαρκὸς οὐδὲ ἐκ θελήματος ἀνδρὸς ἀλλ’ ἐκ θεοῦ ἐγεννήθησαν). El pueblo judío organizaba su generalología a partir de la herencia de Abrahán. Así dejaba establecido con claridad que ellos, y sólo ellos, eran los herederos de la Alianza hecha en el monte Sinaí (cf. Gen 12,1-3; Mt 1,1ss).

Sin embargo, para el Prólogo, no es el linaje sanguíneo lo que importa. Eso es algo irrelevante. La verdadera descendencia de Abrahán se constata en la experiencia de reconocimiento y aceptación de Dios (y el Verbo), siendo obedientes para escuchar y poner en práctica la voluntad de Dios: “Yahvé dijo a Abram: Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre;

y serás una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra” (Gen 12,1-3).

Hijos de Dios son aquellos que son atraídos por el Hijo y aceptan libremente la promesa: “que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn 3,3). Para R. Brown, esta sección,

“...parece resumir las dos divisiones principales de Juan. Hasta el versículo 11 incluye el Libro de Señales (capítulos I-XII), que relata la historia de cómo Jesús llegó a su propia tierra... y aún su pueblo no lo recibió. Desde el versículo 12 se incluye el Libro de Gloria (capítulos XIII-XX), que contiene las palabras de Jesús para quienes le recibieron, y relata como volvió a su Padre para concederles el don de vida y hacerles hijos de Dios” (Brown, 2003: 19).

Bloque C’ (v. 14)

- *Y la Palabra se hizo carne, puso su tienda entre nosotros, y hemos visto su Gloria: la Gloria que recibe del Padre el Hijo único, en él todo era don amoroso y verdad* (καὶ ὁ λόγος σὰρξ ἐγένετο καὶ ἐσκήνωσεν ἐν ἡμῖν, καὶ ἐθεασάμεθα τὴν δόξαν αὐτοῦ, δόξαν ὡς μονογενοῦς παρὰ πατρός, πλήρης χάριτος καὶ ἀληθείας). Esta declaración, hecha con un lenguaje animoso, no deja de ser escandalosa. El término *sark* (= carne) es una palabra que, a menudo, refleja una realidad desagradable, pues hace referencia a la materia contaminada por la maldad. La declaración de que Dios se hace “carne” es intrépida, por decir lo menos, pues equivale a decir que “El Verbo se hizo algo malo y contaminado”¹⁰.

La expresión “puso su tienda entre nosotros” debe leerse a partir del v. 1: el Verbo que estaba desde el principio con Dios, ahora toma la decisión de habitar entre nosotros, como un ser humano en todos los sentidos y en todas las etapas. Esta es, una vez más, una declaración temible: el mundo de Dios y el mundo nuestro, entre los que había hasta ese momento un gran abismo que era imposible de cruzar (cf. Lc 16,26), ahora han sido unidos por medio del Verbo encarnado.

La idea de “habitar en una tienda” era bastante familiar para los israelitas, pues les recordaba su propia experiencia en el desierto, cuando Yahvé les mandó a construir una tienda donde Él habitaría, mientras caminaba junto a su pueblo (cf. Ex 25-27). Esa tienda, con el tiempo, se volvió un templo. El v. 14 declara que Dios quiere vivir en el mundo, pero no en un templo, sino en una persona, Jesús, verdadera gloria de Dios, aquella que deseó ver en su momento Moisés,

¹⁰ En el fondo, la declaración del Prólogo podría verse como una imagen de Dios bajando a la alcantarilla para compartir las inmundicias que allí se encuentran. Este lenguaje escandaloso pudo ser la génesis de herejías gnósticas o docéticas que negaban la humanidad de Jesús, por resultarles inaceptable la idea de un Dios “contaminado”. Pablo, por su parte, también usa el término *sark*, pero para hablar del pecado de la carne: “Dios quiso que su propio Hijo llevara esa carne pecadora; lo envió para enfrentar al pecado, y condenó el pecado en esa carne” (Rom 8,3b).

y no le fue concedido. Ahora “su familia” la puede ver en plenitud: “El que me ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14,9).

Destruyan este templo y yo lo reedificaré en tres días. Ellos dijeron: Han demorado cuarenta y seis años en la construcción de este templo, y ¿tú piensas reconstruirlo en tres días? En realidad, Jesús hablaba del templo que es su cuerpo. Sólo cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que lo había dicho y creyeron tanto en la Escritura como en lo que Jesús dijo” (Jn 2,19-22).

Déjame ver tu Gloria. Y Él le contestó: Mi bondad va a pasar delante de ti, y yo pronunciaré ante ti el Nombre de Yahvé. Pues tengo piedad de quien quiero, y doy mi preferencia a quien la quiero dar. Pero mi cara no la podrás ver, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo. Mira este lugar junto a mí. Te vas a quedar de pie sobre la roca y, al pasar mi Gloria, te pondré en el hueco de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Después sacaré mi mano y entonces verás mi espalda; pero mi cara no se puede ver (Ex 33,18-23).

“Gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”. Los evangelios sinópticos relatan la gloria de Dios mostrada a plenitud en el episodio de la transfiguración (Mt 17,1-8, Mc 9,2-8; Lc 9,28-36). Pero Juan sostiene que esta experiencia luminosa se va dando progresivamente, en todo lo que dice y lo que hace Jesús, siendo el culmen de todo el momento de la crucifixión (Jn 12,23; 13,32; 17,1). El Hijo está lleno de gracia y de verdad porque su relación con Dios es íntima y de comunicación fluida en beneficio de la humanidad, a la que desean irradiarle la salvación, para “que tengan vida, y vida en abundancia (Jn 10,10).

Bloque B' (v. 15)

- *Juan dio testimonio de él; dijo muy fuerte: De él yo hablaba al decir: el que ha venido detrás de mí, ya está delante de mí, porque era antes que yo* (Ιωάννης μαρτυρεῖ περὶ αὐτοῦ καὶ κέκραγεν λέγων οὗτος ἦν ὃν εἴπον ὁ ὄπισθι μου ἐρχόμενος ἔμπροσθέν μου γέγονεν, ὅτι πρῶτος μου ἦν). Por segunda vez aparece Juan como testigo del Verbo (cf. vv. 6-8). ¿Quién es el Verbo? Hasta ahora el Prólogo no lo ha dicho con claridad. Sólo en el v. 17 se revelará que el Verbo es Jesús, el Cristo. Tanto en el v. 8 como en el v. 15 Juan queda subordinado al Verbo. Ciertamente, Juan comienza su ministerio antes que Jesús, pero nunca fue mayor que Él, como creían sus seguidores hasta entrado el siglo II d.C. Para el Prólogo, Jesús comienza su obra antes aun de la creación (vv. 1-3). Por eso precede a Juan en tiempo y en estatus. Con todo, la mención de Juan es una forma de preparación para el testimonio que deberá dar inmediatamente acabado el Prólogo (cf. Jn 1,19-34).

Bloque E' (vv. 16-17)

- De su plenitud hemos recibido todos, y cada don amoroso preparaba otro. Por medio de Moisés hemos recibido la Ley, pero la verdad y el don amoroso nos llegó por medio de Jesucristo (ὅτι ἐκ τοῦ πληρώματος αὐτοῦ ἡμεῖς πάντες ἐλάβομεν, καὶ χάριν ἀντὶ χάριτος. ὅτι ὁ νόμος διὰ Μωϋσέως ἐδόθη, ἡ χάρις καὶ ἡ ἀλήθεια διὰ Ἰησοῦ Χριστοῦ ἐγένετο). Para comprender el término “plenitud” debemos volver al v. 15, que declara que el Verbo está lleno de gracia y de verdad, atributos que comparte con Dios, por ser el Unigénito (v. 18), aquel que reparte “un don amoroso, que prepara otro”.

La expresión “cada don amoroso preparaba otro”, en algunas versiones se traduce por “gracia sobre gracia”, que parece mejor lograda teológicamente, porque transmite el mensaje de que recibimos la gracia de Dios una tras otra, en un surtimiento inagotable, que sobrepasa nuestras propias necesidades. La gracia de Dios se asemeja a las olas del mar que una y otra vez mojan las orillas, en una secuencia constante e infinita.

“Por medio de Moisés hemos recibido la Ley, pero la verdad y el don amoroso nos llegó por medio de Jesucristo”. Hasta ahora, la identidad del Verbo había sido un misterio. El Prólogo espera hasta el final para mencionar quién es: el Verbo es Jesús, el Cristo, un don que nos trae una verdad -La Verdad- que sobrepasa los dones anteriormente recibidos, desde la época de Moisés. No es que el Prólogo desdene los dones anteriores, sino que quiere resaltar que el don que nos trae Jesucristo es la perfección de la Verdad: Él es el vino nuevo (Jn 2,10), el nuevo templo (2,19), el nuevo nacimiento (3,3-5), la nueva agua (4,13-14), el nuevo pan (6,30s).

Bloque A' (v. 18)

- Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios-Hijo único nos lo dio a conocer; él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer (θεὸν οὐδεὶς ἐώρακεν πώποτε ὁ μονογενῆς υἱὸς ὁ ὃν εἰς τὸν κόλπον τοῦ πατρός, ἐκεῖνος ἔξηγήσατο). El Prólogo, igual que antes lo ha hecho con Juan, quiere dejar asentado el contraste existente entre Moisés y Jesús: recibimos la Ley por Moisés, pero la Gracia y la Verdad nos viene por Jesucristo (v. 17). Cuando Moisés pidió ver la gloria de Dios, sólo se fue permitido ver la espalda de Yahvé, lo único posible su no quería morir ante la luminosidad divina (cf. Ex 33,19-20). Ahora, el Hijo, el que estaba en el seno del Padre, nos muestra plenamente el rostro del Padre (v. 18). Por Jesús podemos ver a Dios con claridad. Y este es un “ver” que va más allá del entendimiento sensible; es el ver de los hijos de Dios, que descubren salvación en medio de las tinieblas y de la contaminación.

3. Análisis estilístico del Prólogo

El Prólogo, como hemos visto, es un resumen del proyecto creador de Dios, tal como lo entiende el IV Evangelio. La lectura atenta y aprehensible del mismo nos ofrece las claves para la interpretación de todo el IV Evangelio. De entrada, queda lo suficientemente claro que el Verbo es el protagonista: Él es el Creador y Revelador desde la eternidad, y se hace carne, planta su tienda entre nosotros y nos permite que contemplemos su gloria.

En ese sentido, el IV Evangelio se sitúa no sólo como continuador de la tradición de la presencia de Dios en medio de Israel, sino que la reinterpreta, entendiendo a Jesús como símbolo de la presencia de Dios que habita en medio de su pueblo. Jesús, el Verbo encarnado, ofrece una nueva tienda para que habitemos. Es una tienda que reemplaza el edificio inamovible del templo. Jesús irá a donde nosotros vayamos... Dios caminando con su pueblo (Jn 2,21)¹¹.

En este apartado convienen hacer una aproximación estilística y narrativa del Prólogo, teniendo en cuenta ciertos criterios de contenido que nos dará algunas pistas para una posible aplicabilidad pastoral.

La *primera parte* (vv. 1-5) desarrolla el tema del Verbo con una concatenación de temas: Palabra, Dios, Ser, Vida, Luz, Tinieblas. Estos términos conservan un mismo estilo literario de carácter poético y teológico, que se diferencia de la prosa narrativa que viene a continuación en la obra, a partir de 1,19ss. Esta sección repite la misma palabra al final de un estíco¹² y comienzo del siguiente. La sección está formada por tres estrofas relacionadas que hablan de la preexistencia del Verbo, sujeto de todos los verbos (vv. 1-2). El Verbo es el que da sentido a todo lo creado (v. 3), pues tiene en sí todos los dones que hacen posible la vida para la humanidad (vv. 4-5). La cuarta estrofa mantiene la concatenación, pues dice que la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.

Todos los pueblos expresan su ser, sentir, pensar y actuar con relación a una divinidad a través de un relato (saga, mito, símbolo) que afecta su actuación ética. Ya Israel tenía el suyo (Gén 1,1ss). Lo que hace el Prólogo, al utilizar la expresión “en el principio” es remitirse a ese mito, para mantener la unidad de fe, y preparar la necesaria ruptura que haga visible el culmen de la Historia de la salvación. El Prólogo, sin duda, tiene un trasfondo que entiende el mito como un evento supra histórico que da sentido a la vida y ofrece unos criterios para la praxis eclesial. En ese sentido, es plausible la idea de que el IV Evangelio tomó textos claves de la tradición sapiencial (Proverbios, Sabiduría y Sirácides) para

¹¹ El testimonio de Juan (Jn 1,19-34) y de sus discípulos (1,35-51), junto con las bodas de Caná (2,1-12) y la purificación del templo (2,13-22) dejan claro que estamos ante una Nueva Alianza que sustituye al Templo de Jerusalén, centro religioso que se había vuelto simbólico para Israel.

¹² En la métrica hebrea, estíco es el arte de confeccionar versos formados por dos mitades paralelas. Dicho de otro modo, el estíco se construye con dos versos de significado más o menos similar, de manera que el segundo dice lo mismo que el primero, aunque con palabras, formas o imágenes diferentes.

enriquecer el relato mítico del Génesis, según la relectura del Tárgum Palestino¹³, y con ello hacer visible la presencia de Dios en la historia humana.

Es posible establecer un punto de encuentro histórico entre la comunidad joánica y nuestra realidad eclesial. El contexto en que se redacta el Prólogo es conflictivo. Hay tensiones con bautistas, seguidores de Juan, con judíos que cuestionan la nueva fe y hasta con otros cristianos que representan cierta ortodoxia (Pedro) que el IV Evangelio ve como opuesto al carisma original de Jesús. Para enfrentar estas tensiones, el Prólogo acude a la tradición de la sabiduría, memoria femenina en el Antiguo Testamento, aunque sin acoger términos como “sabiduría o sabio”, pues su propuesta es crítica con la jerarquía masculina. Al acudir a los orígenes de la tradición sapiencial, es decir a la Torá, entendida no sólo como los cinco primeros libros de la Biblia, sino como toda la enseñanza del padre-madre a sus hijos: “Escucha, hijo mío, la exhortación de tu padre, no rechaces la torá de tu madre” (Prov 1,8; cf. 6,20; 31,26).

Así, esta primera parte toma conceptos de la tradición sapiencial para elaborar una cristología de la encarnación, con fuertes rasgos femeninos y masculinos: Jesús es la sabiduría y la profecía que está en Dios, y es Dios, pero que libremente decide encarnarse y habitar entre los “suyos”, los marginados y despreciados que buscan justicia, vida, luz. Esta declaración sobre el Verbo es tomada, pues de la tradición sapiencial: existe desde el principio (Prov 8,22.30; Eclo 1,4; 24,9; Sab 9,4), participa activamente en la creación (Prov 3,19; 8,30; Sab 8,6; 9,1-2), es luz que las tinieblas no pueden vencer (Eclo 24,32; Sab 6,12; 7,10.26-27; 24,8; Bar 3,38); es rechazado por algunos (Bar 3,31), pero da vida a quienes lo reciben (Prov 8,35; Sab 6,18-19; 8,17).

El Verbo “era la vida, y la vida era la luz” (cf. Jn 10,10). El Prólogo niega la idea de que la Ley es la luz. Lo primero no es la Ley, sino la vida, que antecede a la norma. Con ello, la invitación es para que los lectores acepten la Luz divina y sean, al mismo tiempo, luz para el mundo. Dicho en términos pastorales, el Prólogo invita a una activa praxis humana, inclusiva, que brille en medio de las tinieblas. Si bien el gran desafío es lidiar con la injusticia y la muerte, lo central para los creyentes es apostar y promover la vida digna, justa, inclusiva. El verdadero proyecto de Dios lo resume así el IV Evangelio:

Jesús, tomando la palabra, les decía: En verdad les digo, el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre; lo que hace él, eso también lo hace el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace. Y le mostrará obras aún mayores que estas, para que se asombren. Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere (Jn 5,19-21).

¹³ El Tárgum es una interpretación bíblica hecha en arameo, que fue compilada desde finales del Segundo Templo. El arameo fue la lengua de los judíos de la diáspora a partir del siglo VI a.C. Hay dos Tárgum: el Onquelos (la Torá) y el de Jonatán (los profetas). Aunque la tradición pone el Tárgum en Babilonia, es probable que su origen esté en Palestina, dado su acento arameo occidental y mínimo de arameo oriental.

Los primeros cinco versículos del Prólogo deben ser leídos desde la emotividad (con ojos y corazón). En la cultura israelita, los ojos y el corazón tienen que ver con el entendimiento. Por lo tanto, el Verbo no es exclusividad de la razón, sino que afecta la integralidad de la persona humana, hasta llenarla de vida y alejarla de toda exclusión. Así pues, el Verbo encarnado, Jesús, presenta el proyecto de Dios en favor de la vida y en contra de toda forma de exclusión y opresión.

La **segunda parte** (vv. 6-8) nos cae de sorpresa. Es una parénesis¹⁴ sobre Juan, formada por dos estrofas: en los vv. 6-7 se habla de él como testigo enviado por Dios, y en el v. 8 se utiliza por primera vez el verbo “creer”, que tendrá un rol clave en el IV Evangelio. Ambas estrofas, aunque sean consideradas extrañas al himno, empalman bien con la sección anterior (vv. 1-5) y con la que viene (v. 19).

En medio de la dialéctica luz - tinieblas, el Prólogo evoca a Juan como testigo de Jesús. Los seguidores de Juan creían a pie juntillas que el Mesías era su maestro. Juan era la luz. Sin embargo, el Prólogo afirma que él sólo fue enviado por Dios, pero “no es la luz”. Esta insistencia quiere sentar un precedente para quienes consideraban a Juan como luz. ¡El Verbo Divino es la luz verdadera! Y se ha encarnado en la historia humana para redimirla de la maldad. Esta Buena Nueva, no sólo la escucha por Juan, sino que debe anunciarla como mensajero.

La **tercera parte** (vv. 9-18) vuelve sobre la idea desarrollada antes de la parénesis: el Verbo como luz verdadera. Para ello desarrolla dos estrofas: la primera (v. 9) habla de la existencia de la luz que ilumina a todo hombre; la segunda (vv. 10-11) utiliza otra vez el recurso de la concatenación, desarrollando la idea de la acción salvífica del Verbo, pero con la novedad de que los suyos no la reconocen.

La siguiente sección (vv. 12-13) está formada por dos estrofas que matizan el pesimismo de la sección anterior. La primera (v. 12) constituye el centro del quiasmo, pues hace alusión al don de la vida y de la filiación, exclusivos para aquellos que creen y aceptan al Verbo, yendo más allá de la Ley y de la tradición. La filiación no se cierra en el criterio biológico, tal como lo entendían los judíos, ni depende de una iniciativa humana. Dicho de otro modo, el Prólogo no apela a la iniciativa del varón, ni a luz de la Ley, sino que acentúa que todo es iniciativa de Dios y que la aceptación o no corresponde a la libertad humana.

El v. 14 desarrolla nuevamente las ideas expuestas en los vv. 9-11 (la encarnación), pero sin ninguna referencia temporal. La repetición del sujeto indica que estamos ante una nueva sección: el Verbo que se hace carne es el mismo

¹⁴ Parainésis (= exhortación). De suyo, el sustantivo no aparece en la Biblia. Sólo aparece el verbo dos veces, con el sentido de consolar/exhortar (Hch 27,9 y 22). Entre los sinónimos usados están: *evangelizar* (Lc 3,18), *dar testimonio* (Hch 2,40), *hablar* (Hch 20,2; Tit 2,15), *profetizar* (1Cor 14,3.31), *enseñar* (1Tim 4,13; Tit 1,9). Todo con relación a la misión (Mc 3,14; 16,15) y al ministerio (Hch 6,4; 20,24), encargado a los ministros de la Palabra (Lc 1,3).

que existe desde el principio, pero ahora se hace creatura, y pone su morada en el mundo, haciendo posible que todos contemplen su gloria como Unigénito, lleno de gracia y de verdad. Aquí se traza claramente el tema de la paternidad y la filiación que recorren todo el IV Evangelio (cf. Jn 14,6).

El Antiguo Testamento ya proclamaba que Yahvé habitaba en medio de su pueblo: “Me harás una tienda para que yo habite en medio de ellos” (Ex 25,8; Núm 35,34). La tienda era, pues, símbolo de la presencia de Dios. En ese contexto, ampliar la idea para decir que también el Verbo habita entre nosotros implica replantear toda la fe judía.

En el v. 15 se forja una nueva parénesis respecto a Juan. Esta vez es presentado en tiempo presente (da testimonio), actuando en forma enfática (grita). El IV Evangelio, de manera clara, pone en labios de Juan una declaración cristiología: el Verbo existía antes que él, y es más que él.

Los tres últimos versículos, aunque antes los hemos separado en dos bloques (E' y A'), pueden, perfectamente, formar un solo cuerpo donde se aclaran los dones del Verbo. El primer versículo (16) empalma con el final del verso anterior (parénesis de Juan) a través del tema de la Gracia. El segundo versículo (17) contrapone el don recibido por intermedio de Moisés con aquel recibido por medio de Jesucristo. Finalmente, el tercer versículo (18) concluye el himno joánico, confesando que Jesús es el Unigénito de Dios, aquel que desde siempre ha estado en el seno del Padre. Con ello se acentúa la intimidad del Padre y del Hijo, relación íntima e inseparable.

A partir del análisis amplio que hemos hecho, podemos concluir que hay una relación entre los vv. 1-5 y vv. 16-18: el Verbo que existió desde el principio es el Unigénito que está en el seno del Padre y ahora, encarnado en la persona de Jesús da a conocer a los hombres quién es y cómo actúa el Padre.

Los versículos 6-8 y v. 15 forman un paralelo sinónímico: Juan da testimonio sobre el Verbo-Luz. La continuidad del Juan en este apartado da unidad temática al himno, que parecía haber sido cortado en su forma original. Igual hay una continuidad temática entre los vv. 9-11 y vv. 13-14, donde se plantea el no reconocimiento del Verbo por parte del mundo y de su propia casa, pese a que el Verbo tiene Gracia y Verdad que quiere compartirles.

En todo este análisis queda el v. 12 “huérfano” de relación. Constituyendo, para nosotros, en el centro del Prólogo. Allí se define en qué consiste el creer. No es una fe dogmática ni legal, sino una certeza sensible y personal: es creer en el Verbo encarnado -Jesús-, algo que supera de largo los meros vínculos de consanguinidad o de voluntad humana de cumplir unos preceptos legales. Creer tiene que ver con la aceptación del Verbo y empezar el camino discipular “desde cero”.

Nicodemo le dijo: “¿Cómo renacerá el hombre viejo? ¿Quién volverá al seno de su madre?”. Jesús le dijo: “En verdad te digo, el que no renace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, y lo que nace del Espíritu es espíritu” (Jn 3,4-6).

En la tercera parte, todos los versículos presentan la acción histórica del Verbo. Ni el mundo, obra del Verbo, ni su casa, que es el pueblo judío al que pertenece Jesús, lo reconocen ni aceptan. Ellos rechazan su proyecto de vida abundante. Pero, hay quienes sí acogen libremente creer en la luz. Esa es la comunidad del Discípulo Amado, destinataria del IV Evangelio. Ellos son los que han nacido de Dios y recibirán la verdadera vida¹⁵. A esta comunidad, a lo largo del IV Evangelio se irán uniendo miembros (rechazados?) de otras comunidades: Samaria (4,39), Efraín (11,54), ovejas de otro redil (10,16), gentiles (12,20-22), pescadores de Galilea (21,1ss). ¡El proyecto de Jesús es aceptado por los excluidos de las comunidades que pretenden ser dueñas de la verdad!

Los que reciben la Palabra son hijos de Dios (v. 13) y hermanos del Hijo que está en el seno del Padre (v. 18). En esta comunidad los hijos participan de un proyecto integrador que no admite exclusión por motivos familiares o legales. En la comunidad nadie debe ser dominado, sino vivir el estilo de Jesús: “Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él” (Jn 14,23). Por otro lado, dado que en Jesús reside la gloria, el cuerpo humano se convierte en santuario que sustituye al antiguo templo (2,19-22). Desde su corporeidad Jesús se solidariza con el dolor de aquellos que le son encomendados (14,2ss). Es decir, la gloria de Dios reside en la comunidad (17,22): “Destruyan este santuario y en tres días lo levantaré... Él hablaba del santuario de su cuerpo” (2,19.21).

El Prólogo deja claro que el discípulo no se encierra en sí mismo, sino que se pone al servicio, pero **sólo** de la comunidad (¡no el resto del mundo!). Es decir, salir de sí mismo e ir al encuentro **sólo** del hermano y de la hermana. Esta es, sin duda, una espiritualidad comprometida con la liberación del individualismo y de la insolidaridad. La comunidad debe ser el nuevo templo que se abre a todos los que acepten que el Verbo Divino ha “acampado entre nosotros”, y con nosotros camina al encuentro del Padre, cuando haya llegado esa hora (cf. 13,1ss).

¹⁵ Para el IV Evangelio, la relación de Jesús con sus discípulos es modélica: “bienaventurados los que creen sin haber visto” (20,29). El modelo por excelencia es el Discípulo Amado, que sigue a Jesús hasta la cruz (19,26) y es el primero que cree en el sepulcro (20,8). La comunidad joánica busca vivir una relación personal con Él (cf. 1,37-39; 15,4ss); acompañarlo y participar de su misión (4,31-38); vivir con Él la crisis y el escándalo (6,60-66; 7,3-5); amarse mutuamente a través del servicio (13,12-15.34-35). La comunidad debe vivir unida en el amor, signo elocuente “para que el mundo crea” (17,6-26).

4. El Verbo Divino define una eclesiología novedosa

Aún subsisten en nuestros países latinoamericanos y caribeños comunidades de base que se caracterizan por su radicalidad, diversidad, creatividad, variabilidad y flexibilidad litúrgica, pastoral y teológica. El desprecio que muestran ciertos estamentos de la Iglesia “formal” por los aportes versátiles, contracorrientes, cotidianos de las comunidades cristianas de base nos plantea hoy un desafío: ¿cómo sobrevivir a la presión, al desprecio, a la desconfianza de otros hermanos en la fe?

En el IV Evangelio encontramos una historia de Jesús escrita a la luz de la comunidad del Discípulo Amado, de finales del siglo I d.C., que se oponía a la insipiente “Iglesia” que se estaba gestando, forjado a la sombra del modelo petrino. Esto, en principio, no significó gran problema, pues aún eran tiempos de pluralidad. Hubo cristianos que se conformaron con vivir algunas novedades de la Buena Noticia de Jesucristo, pero sin abandonar del todo los rasgos propios de su fe anterior. Por ejemplo, la comunidad de Jerusalén¹⁶.

Los que se unieron a la comunidad del Discípulo Amado formaron una comunidad pequeña en número, pero rica en fervor, dispuesta a alejarse de la corriente eclesial jerosolimitana y petrina, e introducirse en una nueva práctica cultural y carismática, abierta al diálogo con seguidores de Juan Bautista (Jn 1,19-37), con samaritanos (Jn 4,5-29) e incluso griegos (Jn 12,20-23), convenientidos de que el mensaje de Jesús era incluyente.

Curiosamente, pese a su apertura religiosa y su radicalidad práctica, el IV Evangelio es punto de partida para un modelo eclesial cerrado, debido a que exalta tanto la divinidad de Jesús, que deja su humanidad como mero sopor te, dando pie a dogmas construidos desde una especulación incontrovertible, olvidándose que la encarnación implica relevancia de la humanidad de Jesús, incluso por encima de su divinidad¹⁷, y que el IV Evangelio no alude a la institución o jerarquía eclesial, al punto que no se mencionan maestros, profetas, guías ni pastores, sólo a Juan como testigo y servidor de la única autoridad que es el Verbo¹⁸.

¹⁶ La comunidad de Jerusalén estaba formada por “cristianos judaizantes”, que creían en la circuncisión y otras tradiciones como medios para la salvación, tanto de judeocristianos, como de gentiles convertidos. A pesar de que Jesús había pedido anunciar el Evangelio a todas las naciones, esta comunidad se quedó entre judíos y samaritanos, alineados a costumbres como los alimentos puros (Hch 10,14.28; 11,3) o frecuentar el templo (2,46; 3,1; 21,20-26). Se puede decir que esta era una “nueva secta judía”, que se distinguía por la caridad cristiana, pero sólo entre sus miembros. *Enciclopedia Católica Omnia Docet Per Omnia*. “Judaizantes”. En línea: <https://ec.aciprensa.com/wiki/Judaizantes> Acceso: 13-06-2024.

¹⁷ El ensalzamiento de lo divino es propio del catecismo católico que resalta dos aspectos, tomados del IV Evangelio: 1. Jesús se identifica con el templo, entendido como morada de Dios y del hombre (2,21); 2. La eclesiología de Jn 21 (capítulo añadido) pone a Pedro como protagonista. Véase la Parte I (“Profesión de la fe”), sobre todo la Sección II, Capítulo 1 (“Creo En Jesucristo, Hijo Único De Dios”), # 456-483.

¹⁸ La palabra *ekklesia* no está presente en el IV Evangelio, ni en 1-2Juan. Sólo aparece en 3Juan (vv. 9-10), para asociarla a Diótrefes, jefe eclesiástico, al que el autor de la carta desaprueba totalmente.

La cristología, en cuanto reflexión teológica, hace dos aproximaciones: Ascendente y Descendente¹⁹. Los evangelios sinópticos son cristología ascendente: Jesús se diviniza después de resucitar; el IV Evangelio es cristología descendente: Jesús vive su divinidad preexistente. En ese sentido, el IV Evangelio es más cercano a la teología paulina, que asevera que Cristo está presente desde el inicio de la creación y se “humilló a sí mismo” para salvar al hombre (Flp 2,8)²⁰.

En este orden, el Prólogo contribuiría a forjar la doctrina de la encarnación, que sostiene que Jesús no nació en la forma tradicional, sino que “tomó carne” para comunicarse al mundo. Para el siglo II d.C. se empezó a utilizar algunos principios de la filosofía griega para clarificar la doctrina de la encarnación. Por ejemplo, se discutía -siguiendo a Platón- la relación entre lo humano y divino, a partir de la idea del Uno, realidad última de la que emanan dos poderes, uno inferior -demiurgo- que creaba la materia que se descomponía, y otro superior -Logos-, encargado de dar orden a las leyes del universo²¹. Y este esfuerzo encontraba sintonía en el Prólogo, donde el Uno era Yahvé y el Logos era el Verbo, antes de encarnarse.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios... Todo fue hecho por Él y nada se hizo sin Él... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, la que le corresponde como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

A partir de lo declarado en el Prólogo, el IV Evangelio empieza a utilizar alegorías y metáforas para transmitir toda su enseñanza. Por ejemplo, empieza a usar las binas “arriba-abajo”, “espiritual-mundano”, “descender y ascender” para explicar, en su momento, a Nicodemo que él no entiende lo que significa “volver a nacer”, porque él es “de abajo”, mientras que Jesús “de arriba”; es decir Jesús ha descendido al mundo, y luego ascenderá al Padre²². En la misma línea, la divinidad de Jesús enunciada en el Prólogo se ve reforzada a lo largo del IV Evangelio con siete menciones al “Yo soy” (Pan de vida: 6,48; Luz del mundo: 9,5; Puerta de las ovejas: 10,7; Buen pastor: 10,14; Resurrección:

¹⁹ La cristología descendente tuvo su auge entre los siglos III y XVIII, cuando se dejó de lado la humanidad de Jesús, para resaltar su divinidad. Quien reflexionaba la vida de Jesús era declarado hereje, porque se alejaba del dogma. Por su parte, la cristología ascendente tuvo su auge en el siglo XIX, cuando se empezó a valorar lo humano de Jesús, desde un nuevo enfoque que: 1. Dejaba de lado el dogma para estudiar los evangelios; 2. Delimitar el campo de Jesús y Cristo; 3. Escuchar a quien pregunta por Jesús. En línea: Armendáriz, L. *¿Quién es Cristo y cómo acceder hoy a Él?* En línea: http://www.seleccionesdeteologia.net/selecciones/lilib/vol33/129/129_armendariz.pdf Acceso: 10-10-2025.

²⁰ Eso lleva a varios autores a proponer la hipótesis de que la cristología descendente del IV Evangelio pudo haberse desarrollado ya en una fecha temprana del cristianismo.

²¹ En el siglo I d.C. Filón de Alejandría intentó reconciliar el judaísmo con la filosofía griega, diciendo que Moisés había servido como logos para el judaísmo, aportando la estructura legal del judaísmo.

²² La palabra “crucifixión” significa “elevar”. En el IV Evangelio la crucifixión de Jesús no tiene sentido en sí misma, sino que su “necesaria” muerte es la única forma de ser “elevado hasta el Padre”.

11,25; Camino, verdad y vida: 14,6; Vid: 15,5)²³, unidos a siete señales que tienen por objetivo destacar el poder de Jesús, el Hijo de Dios, que está por encima de Moisés y de todos los profetas²⁴.

Por otro lado, el Prólogo destaca que Juan es sólo testigo de la luz, no propiamente la luz. Juan no quiere bautizar a Jesús porque lo considera superior y a él sólo le compete disminuir para que crezca el Cordero (Jn 1,29)²⁵. Este Cordero de Dios, Jesús, curiosamente no enseña con paráboles -como en los evangelios sinópticos-, sino con largos discursos sobre la naturaleza de Dios, del universo y de Él mismo. No debate temas como el divorcio, el sábado, los ritos o el diezmo, sino que se limita a proclamar un nuevo mandamiento: amarse, pero ¡sólo dentro de la comunidad!, pues los que están afuera son “del mundo”, por lo tanto, hijos de las tinieblas. Finalmente, los evangelios sinópticos sostienen que enemigos de Jesús son fariseos, escribas y saduceos, pero el IV Evangelio dice que son los “judíos” (x 71), es decir los descendientes de Abraham, que ya no son seguidores fieles de Yahvé:

Si Dios fuera su Padre, ustedes me amarían, porque yo he salido de Dios para venir aquí. No he venido por iniciativa propia, sino que él mismo me ha enviado. ¿Por qué no entienden mi lenguaje? Ustedes tienen por padre al diablo y quieren realizar los malos deseos de su padre (Jn 8,42-45).

Para el Prólogo del IV Evangelio, la misión salvífica de Jesús va más allá del mundo judío; éstos están fuera del plan de Dios porque no acogen al Verbo encarnado (1, 9-11). Sólo se salvan quienes lo acogen, aunque no compartan la herencia de sangre o de la Ley (1,12-13)²⁶. Es decir, el Reino de Dios anunciado por los evangelios sinópticos como inminente, dado que aún no se concretaba la Parusía, le da un motivo al IV Evangelio para aclarar la naturaleza y concreción de ese Reino. Han transcurrido 70 años desde el ministerio de Jesús, y el IV Evangelio declara que en la casa del Padre hay moradas para todos los discípulos fieles (14,2). Así, Jesús no retornaría en forma física, sino a través del Espíritu Santo. Con ello se confiesa una “escatología realizada”²⁷.

²³ Esta declaración recuerda la respuesta de Dios a Moisés: “Yo soy el que soy” (Ex 3,14). Para el IV Evangelio, la autoridad de Jesús radica en que es el único que ha visto al Padre.

²⁴ Un ejemplo es la resucitación de Lázaro, propio del IV Evangelio. Jesús, a propósito, se mantiene alejado, después de enterarse de la enfermedad de éste; aparece al cuarto día, cuando el cadáver ya está en descomposición. Los sinópticos mencionan historias de resucitaciones, pero al momento de la muerte. Revivir a alguien cuando ya en descomposición es señal de poder divino.

²⁵ Este título aparece por vez primera en el Nuevo Testamento, acabando el siglo I.

²⁶ Tal polémica no es histórica, sino que refleja el resentimiento contra los judíos. La reconstrucción de los eventos sostiene que la comunidad joánica fue expulsada de la sinagoga, luego de ser hostigada por los fariseos, debido a su enseñanza radical: Jesús, presente al momento de la creación, elige sólo una comunidad y ese fue el motivo para ganarse el odio fariseo, que rechazaba la trinidad, fiel al monoteísmo.

²⁷ La escatología realizada hace referencia a la conversión del hombre interior: el reino está dentro nuestro. Es decir, dado que el Reino no llegaba, éste se volvió una metáfora para expresar la forma como el creyente debía incorporar los elementos teológicos tanto en su pensamiento como en su actividad cotidiana.

5. Comentarios finales

El estudio realizado nos permite entender el Prólogo como una reflexión del autor del IV Evangelio en sintonía con la teología de la creación, la profecía y la sabiduría, ahora usada para anunciar la Buena Noticia a la comunidad joánica. El Prólogo evoca el pasado y el futuro de la creación, permeada por el misterio del Verbo encarnado, constituido en nueva tienda donde se debe adorar a Dios, buscando la misericordia.

El Prólogo constituye un desafío para la fe y la praxis comunitaria: debemos repensar la teología de la creación desde un Dios que crea comunitariamente, y que propone misericordia para quienes libremente decidan creer y asumir el compromiso que implica la fe. A esta tarea se invita a todos, sin excepción. Depende de la libertad personal de querer comprometerse con el imperativo cristiano de cuidar la creación, tal como lo plantea el Papa Francisco en la encíclica *Laudato Si*²⁸.

Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos (Sal 33,6). Así se nos indica que el mundo procedió de una decisión, no del caos o la casualidad, lo cual lo enaltece aún más. Hay una opción libre expresada en la palabra creadora. El universo no surgió como resultado de una omnipotencia arbitraria, de una demostración de fuerza o de un deseo de autoafirmación. La creación es del orden del amor. El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado: “Amas a todos los seres y no aborrees nada de lo que hiciste, porque, si algo odiaras, no lo habrías creado” (Sab 11,24). Entonces, cada criatura es objeto de la ternura del Padre, que le da un lugar en el mundo. Hasta la vida efímera del ser más insignificante es objeto de su amor y, en esos pocos segundos de existencia, él lo rodea con su cariño. Decía san Basilio Magno que el Creador es también “la bondad sin envidia”, y Dante Alighieri hablaba del “amor que mueve el sol y las estrellas”. Por eso, de las obras creadas se asciende “hasta su misericordia amorosa” (LS 77).

El proyecto creador del Prólogo, resumido en Juan 1,1-4, enfatiza que la vida verdadera precede a la verdad, porque la vida es la luz que da sentido a la verdad. Por lo tanto, como creyentes debemos reconocer que nuestra apuesta es por la vida, y ojalá una vida abundante, donde todos y todas quepan en el verdadero templo de Dios: la comunidad de hermanos sin distinción. ¡Nuestra opción por cuidar la vida propia, cuidando la vida de los demás!

Jesús es el Verbo encarnado que habita en el seno del Padre y en el seno del mundo. Esta verdad nos impele a leer nuestra vida creyente desde la corporeidad, sin fragmentar la salvación. Es una propuesta plural que debe entenderse desde una experiencia vital, especialmente desde la exclusión social, psicológica, económica, política y religiosa. Y eso es una paradoja para la fe. Por un lado, se dice que “a Dios nadie lo ha visto jamás” (v. 18), es decir que nadie puede definirlo con imágenes, conceptos o palabras. *Deus semper maior!* Por otro lado,

²⁸ Papa Francisco, Carta Encíclica *Laudato Si*', sobre el cuidado de la Casa Común, Roma (2015).

se dice que la Palabra “se hizo carne” (v. 14) y revela a Dios, a quien “nadie ha visto jamás”. ¡Imagen del Dios invisible! (Col 1,15). El Prólogo contempla al Verbo en el seno del Padre, luego ve cómo se encarna y, finalmente, declara que vuelve al Padre, llevándose consigo nuestra humanidad, para presentarla a Dios (Jn 13,3; 16,28; 17,8.10). Jesucristo, el Verbo encarnado, humaniza a Dios y diviniza al hombre.

Sólo Jesús, Hijo Único, tiene plena intimidad con el Padre y conoce a la perfección el proyecto de salvación y liberación. Y desea explicárselo a la humanidad con su vida y sus acciones. El Verbo encarnado es el “exégeta” del Padre, el punto de partida para aprehender la experiencia de la Vida. Jesús es la verdad para el hombre y la verdad para Dios. Una verdad hecha carne y debilidad. Y, aun así, es superior a la Moisés, el único que había hablado con Yahvé (Ex 33,11), pero a quien se le dio apenas un conocimiento mediato (Ex 33,20-23), que no refleja plenamente la realidad divina. Eso le corresponde sólo a Jesucristo.

Con la Palabra encarnada el proyecto de Dios es más claro: somos todos iguales en el Hijo. El Otro y el otro forman una sola comunidad. Por lo tanto, el hermano pasa a ser el criterio del reconocimiento de Dios en la historia y en el mundo. Para la exhortación *Verbum Domini*²⁹, “Jesús de Nazaret, es el exégeta del Abbá” (VD 90), que no sólo narra quién es el Padre, sino que, sobre todo, sumerge al ser humano en la comunión con la Trinidad. ¿Tal afirmación tiene implicaciones hoy?

Para responder de forma adecuada a esta pregunta conviene volver a la mejor traducción posible del Prólogo, especialmente del versículo 18: *Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios-Hijo único nos lo dio a conocer; él está en el seno del Padre y nos lo dio a conocer.*

La afirmación de que “nadie ha visto a Dios” rechaza la pretensión judía (y gnóstica), que creía posible que un santo podía ver a Dios. El Prólogo se vale de diversas pericopas para reforzar su idea de que es imposible ver a Dios (Ex 33,20; 19,21; Deut 4,12.15; Jue 13,22; Is 6,5). Ahora bien, es cierto en aquí y allá en el Antiguo Testamento hay textos que sostienen que alguien ha visto a Dios (cf. Ex 24,9-10; 33,11; Núm 12,8; Deut 34,10), pero la afirmación de Juan 1,18 termina siendo una relectura exigente, que relativiza aquellos textos, bajo el argumento de que hay una gran diferencia entre la revelación dada a Moisés y la revelación que da Jesús. La primera tiene por base la Torá, que es una serie de leyes dadas para tener una vida social justa, destinada exclusivamente para los judíos. En el caso de Jesús, su revelación se basa en la “Gracia y Verdad”, dones de Dios, libres e inmerecidos, que están destinados a todos y todas, a condición de que libremente acepten y acojan al Verbo encarnado³⁰.

²⁹ Papa Benedicto, Exhortación apostólica *Verbum Domini*, sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia (Roma, 2010).

³⁰ La Ley prescribe lo que se debe hacer, pero no da la fuerza para obrar acorde. En cambio, la Gracia es

Por lo tanto, la Gracia no se recibe fuera de Jesús. Él da conocer al Dios, porque es el exégeta del Padre³¹, el que está en el seno del Padre siempre, incluso durante su vida terrena, como el niño que reposa en el seno de su madre. Hablar de regazo descubre la intimidad entre Padre e Hijo (cf. Rut 4,16; 1Re 3,20) o entre esposa y esposo (cf. Gén 16,5; Deut 13,7; 28,54-56).

Jesús sea superior a Moisés (v. 17), y eso se repite a lo largo del IV Evangelio (cf. Jn 5,37; 6,46; 1Jn 4,12.20). Cuando el Prólogo sostiene que “el Hijo nos lo dio a conocer”, ¿qué nos da a conocer? Para unos, el misterio de Dios que se encarna (1,1-18); para otros, el mensaje propio del IV Evangelio: el amor de Dios, mediante el don del Hijo (Jn 2-21). Lo más probable es lo primero: el mensaje central no son las acciones históricas de Jesús, sino su naturaleza divina, para invitarnos a ser “hijos en el Hijo”, es decir para compartir con Él la filiación divina (cf. Job 28, 21.27). En verdad, nadie ha visto a Dios, pero Jesús lo revela, como ejercicio del amor del Padre por la humanidad y por el mundo³².

Al inicio de la creación ya existía la Palabra (v. 1), y Dios crea por medio de Ella. Gracias a la Palabra hay creación y se derrota a las tinieblas. En el libro del Génesis, el culmen de la creación es el ser humano; en el Prólogo, el ser humano es “hijo de Dios”, no por la carne, ni la sangre (v. 12), sino por nacer de Dios, por ser hijos en el Hijo, porque a Dios le interesa su bienestar. En el libro del Éxodo, Él reveló su gloria por medio de la Torá y de Moisés (Ex 19,16-25; 20,2-26); ahora, en la plenitud de los tiempos, la gloria de Dios es Jesús, el Hijo, quien le da sentido y plenitud a la Torá, puesto que es el único que ha visto al Padre, y ahora nos lo va a revelar.

Por todo lo dicho, estamos frente a la realidad más original de la Biblia; Dios crea en el Hijo (Hb 1,1-2), y su misterio se revela en la praxis de Jesús. Por lo tanto, la acción salvífica de Jesús es igual a la acción creadora del Padre. Así, para el Prólogo, Dios no es una idea religiosa, sino una realidad que se experimenta dentro de la comunidad de aquellos que aceptan a Dios, en su Hijo, el único ser autorizado para hablar de Dios, porque Él mismo traspresenta la divinidad paterna (Baena, 2011, pp. 1021-1065).

La forma como Dios procede con Jesús -y el ser humano- es una intuición propia de la comunidad joánica. Su postura no debe ser calificada como politeísta, pues se trata del único Dios, pero captado por la comunidad a partir de su experiencia con Jesús, el Hijo de Dios³³. En ese sentido, debemos negar la idea

fuerza que viene del corazón humano, y por ello capacita para vivir como criaturas de Dios.

³¹ El verbo *exégeomai* está bien representado en la literatura helenista, de manera especial para argumentar religiosamente. Su significado es “contar, relatar, informar con detalle”. En ese sentido, Lucas usa el verbo cinco veces (24,35; Hch 10,8; 15,12.14; 21,19). El v. 18 del Prólogo es la sexta y última vez que se usa el verbo.

³² Jesús crece en la tradición judía y vive como creyente judío. En la Biblia, no es el hombre quien busca a Dios, sino Dios quien busca al pueblo, para que sea comunitario, fruto del amor revelado (Deut 7,7-9).

³³ La religión es la relación del hombre con Dios. Pero esta tesis no cabe en el judeocristianismo, donde es Dios quien toma la iniciativa. Cuando Moisés sale de Egipto, él aún no cree en Yahvé, sino en el Dios de su clan; sólo creerá en Yahvé al Salir de Egipto. Por eso, la idea de Dios típica de los sumos sacerdotes, es-

de que la comunidad joánica tomó elementos del pensamiento griego (pese a la huella de éste en la obra), debido a que la captación de Dios entre los griegos era más lejana, comparada con la experiencia judía³⁴.

El Dios revelado por Jesús es Dios que crea desde la pequeñez y se vuelve creatura. Sólo al IV Evangelio se le ocurre tal afirmación, que es contradictoria para la filosofía griega. Dicho de otra manera, Dios obra desde la sencillez, y su acción es permanente (Jn 1,14), y esa propuesta es contradictoria para muchas disciplinas, porque contraviene la tradicional escala de valores. ¡Jesús muestra un Dios pequeño, humilde, de paciencia infinita! El mejor ejemplo es la parábola del grano de mostaza (Mc 4,30-32).

Desde la experiencia de Dios Creador que actúa desde abajo, Jesús sale a buscar al otro, comenzando por los excluidos y marginados. A diferencia de la comunidad judía, la de Jesús es una comunidad salvífica universal. Para los judíos, sólo se salvaba quien estaba dentro y era puro; era una experiencia religiosa en sí misma. Jesús es un judío que busca a quien está fuera de la comunidad, para salvarlo. A nadie se le debe negar la salvación, porque la esencia de Dios es un amor inclusivo (1Jn 4,8.16). Ser exégeta de Dios implica ser testimonio de una experiencia que abarca a todos, por el sólo hecho de existir.

6. Conclusión

El Prólogo comienza declarando que la Palabra “estaba junto a Dios”, y desde allí recorre la historia hasta llegar a su plenitud en la encarnación, evento salvífico que muestra el amor liberador de Dios. El IV Evangelio muestra la vida de Jesús como Verbo Divino que el discípulo experimenta: “Señor mío, y Dios mío” (Jn 20,28). Así, la comunidad joánica, impregnada de la experiencia del Resucitado, se dispone a servir a los débiles. Algunas conclusiones:

- En el IV Evangelio, ser “hijos en el Hijo” es ser el nuevo pueblo de Dios, pueblo que no tiene el camino fácil y sabe que debe enfrentar la polémica y la persecución de parte de judíos, romanos, bautistas y gnósticos. El martirio está latente.
- La separación de la luz de las tinieblas significa el rechazo del Verbo, por parte de muchos, hasta enjuiciarlo y condenarlo a muerte. Pero también significa la victoria de la vida y la justicia, gracias a la resurrección. Jesús, el Verbo hecho carne, no sólo personifica la plenitud de la divinidad (Col 1,19), sino que revela la realidad de Dios:

cribas y fariseos, a finales del siglo I d.C. es distinta a la de comunidad joánica, al punto de ser considerada falsa por los judíos (Mc 14,61-62).

³⁴ Para Platón, Dios es poderoso, pero sólo se puede hablar de Él con un mito que explica vagamente el orden y el movimiento que dieron pie a la creación: el universo fue creado por el demiurgo, quien dotó al mundo de inteligencia, a través del alma, principio ordenador del caos. Este planteamiento, en el siglo IV d.C., fue la base para que san Agustín configure algunas ideas del cristianismo.

conocer a Jesús, es conocer al Padre (Jn 14,6-7); el Padre actúa en Jesús, y el Hijo habita en el seno del Padre (Jn 1,18).

- Según el IV Evangelio, la mayoría del mundo no recibió al Hijo de Dios. Pero aquellos que lo aceptaron -la minoría- son reconocidos como hijos de Dios. El ser humano es Hijo de Dios, no por virtud de su nacimiento, sino porque ha tenido una experiencia personal con el Resucitado. Es imperativo creer que Jesús es el Hijo de Dios para poder alcanzar el estatus de filiación.
- ¿Por qué si el mundo fue obra de Dios Uno y Trino, no reconoce al Hijo? Esta pregunta es difícil de responder, sobre todo cuando la respuesta no tiene sustrato bíblico. Por ejemplo, alguien podría pensar que Jesús no fue aceptado por su origen étnico o estatus social (cf. Is 53,2; Jn 19,23). El problema de esta hipótesis es que aplica criterios modernos para analizar un texto antiguo. La pista para entender por qué el mundo, ni los suyos lo recibieron la encontramos más adelante en el IV Evangelio: “Para quien cree en él no hay juicio. En cambio, el que no cree ya se ha condenado, por el hecho de no creer en el Nombre del Hijo único de Dios. Esto requiere un juicio: la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque sus obras eran malas” (Jn 3,18-19).
- La mayoría prefiere las tinieblas, ej169n lugar de la luz, el Señor (Jn 8,12). Pero hay algunos que sí apuestan por la coherencia entre su palabra y su acción. ¡Son los hijos e hijas de Dios! No engendrados de la sangre, ni en la religión, sino por su voluntad para aceptar al Verbo de Dios (v. 13). “Creer” implica aceptar los hechos (Jn 3,16; Sant 2,19), pero también demanda un libre cambio de mentalidad y de conducta. (Jn 3,27; 6,44).
- El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. El Prólogo nos da una visión propia del Verbo Encarnado que muestra el amor liberador del Padre. Y eso es algo que el mundo necesita hoy. Una nueva visión, donde la humanidad es divinizada, y la divinidad humanizada. Si Jesús no es el niño de Belén, el hombre de Galilea, el crucificado, no es nuestro Salvador. El Verbo hecho carne camina entre nosotros, haciendo que el Padre se humanice con nosotros. El que se hizo carne y habitó entre nosotros, es la misma Palabra que está en el seno del Padre.

Se dice que Isaac Newton un día estuvo tanto tiempo mirando al sol que se quedó medio ciego. Lo que sea que quería ver, chocaba con el sol... Que la mirada del Verbo impregne nuestras vidas de Dios... “Que donde haya odio, llevemos amor; donde haya ofensa, llevemos perdón; donde haya discordia, llevemos unión; donde haya duda, llevemos la fe; donde haya error, llevemos

la verdad; donde haya desesperación, llevemos alegría; donde haya tinieblas, llevemos la luz" (Francisco de Asís).

Bibliografía de consulta

- Aguirre, R. (2010), *Las comunidades joánicas: un largo recorrido en dos generaciones*. Así empezó el cristianismo. Editorial Verbo Divino: Estella.
- _____ (2011), *Así empezó el cristianismo*, Editorial Verbo Divino: Estella.
- Baena, G. (2011), *Fenomenología de la revelación*. Editorial Verbo Divino: Estella.
- Barriocanal. J. L. (2009), *Jesús el nuevo Moisés en el evangelio de Juan*. Estudios bíblicos Vol. 67, Cuaderno 3, pp. 417-444.
- Barreto, J. (1980), *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*. Ediciones Cristiandad: Madrid.
- Boismard, M.E. (1970), *El prólogo de San Juan*. Ediciones Fax: Madrid.
- Brown, R. (1983), *La comunidad del discípulo amado*. Estudio de eclesiología juánica. Ediciones Sigueme: Salamanca.
- Cardona Ramírez, H. (2012), *El Hijo único del Padre nos ha hecho la exégesis (Juan 1,18)*: unas consideraciones a propósito de la Verbum Domini. Revista Cuestiones Teológicas, Vol. 39, No. 92 (julio - diciembre, 2012).
- Corbí, M. y Barcena H. (2010), *Jesús de Nazareth, el mito y el sabio*, una lectura del evangelio de Juan desde una espiritualidad laica y desde el sufismo, Ediciones VERLOC: Barcelona.
- Fuller, R. (1979), *Fundamentos de cristología neotestamentaria*, Ediciones Cristiandad: Madrid.
- García-Moreno A. (2001), *Jesús el nazareno, el rey de los judíos*. Estudio de eclesiología joánica. Ediciones de la Universidad de Navarra: Pamplona.
- Hübner, H. (1996), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*. Volumen I. Ediciones Sigueme: Salamanca.
- Konigs, J. (2005), *O evangelho segundo Joao. Amor e fidelidade*. Loyola: São Paulo.
- Mena López, M. (2014), *Cuerpo y espiritualidad: Para una comprensión del cuerpo de Jesús en el Prólogo de Juan*, SIWO' Volumen 8, Número 1.
- Moloney, F. (2005), *El evangelio de San Juan*. Editorial Verbo Divino: Estella.
- Richard, P. (1994), *Claves para una relectura histórica y liberadora* (Cuarto Evangelio y cartas). RIBLA # 17, pp. 7-34.
- Rivas, H. (2006), *El evangelio de San Juan*. Ediciones San Benito: Buenos Aires.
- Rodríguez Ruiz, M. (2018), *La cristología del prólogo de san Juan en la investigación joánica más reciente*. FORTVNATAE, Nº 28 (2017-2018), pp. 315-351. Benediktbeuern (Alemania).

Van Tilborg, S. (2005), *El evangelio de San Juan*. Editorial Verbo Divino: Estella.

VV.AA. *Judaizantes. Enciclopedia Católica Omnia Docet Per Omnia*. En línea: <https://ec.aciprensa.com/wiki/Judaizantes> Acceso: 13 de julio de 2024.

José Guerra Carrasco